

La agresividad infantil

Francisco Javier Beltrán Guzmán
Irma Aída Torres Fermán¹

Algunos fisiólogos hablan de la agresión como si constituyese algo así como una batería eléctrica que, una vez cargada tiene, por fuerza, que descargarse [...] Posiblemente contenemos tanta agresividad como el radio contiene la música que de él sale. Sin la cultura, no habrá ni sonata, ni radio, ni programas de radio.

P.H. KLOPPER: *HABITATS AND TERRITORIES.*

hay algunas preguntas en torno a la agresividad infantil que nos hemos planteado y que intentaremos responder en alguna medida a lo largo de este trabajo. Dentro de ellas, las siguientes:

¿Está la agresividad biológicamente determinada, o es el resultado de una presión cultural y tecnológica cada vez mayor a la que no sabemos como adaptarnos?

¿Son los sentimientos y las experiencias emocionales del hombre iguales a las de los animales, o ni siquiera son comparables?

¿Pueden los comportamientos agresivos de los niños considerarse manifestaciones de violencia?

¿Cuáles son las diferencias entre los comportamientos agresivos de los niños y de los adultos?

Herencia o cultura

Las manifestaciones de violencia y agresión en el hombre han existido prácticamente desde su aparición sobre la faz de la tierra y han tomado diferentes formas de expresarse en los diversos estadios de desarrollo de las sociedades. En la actualidad, parece haber un recrudescimiento y sofisticación de dichas expresiones sobre la base del vasto arsenal tecnológico existente en el mundo.

La agresividad y/o violencia han tenido siempre un lugar importante en el estudio del comportamiento humano y la han abordado profesionales de diversas disciplinas: biólogos, juristas, antropólogos, psicólogos y muchos más, lo que ha dado lugar a que existan diversos planteamientos teóricos que intentan explicar los orígenes tanto de la violencia como de la agresividad en el ser humano. No obstante, todas estas aproximaciones teóricas podrían confluir en dos grandes corrientes.

La primera de ellas pretende explicar ese comportamiento desde una perspectiva filogenética, es decir, que la conducta agresiva del hombre se deriva de características muy especiales que posee al ser miembro de una especie animal, o sea, que responde a una necesidad imperiosa de sobrevivir en un mundo eminentemente hostil; así que la violencia y la agresión serían el pro-



¹ Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana, Apartado Postal 478, 91000 Xalapa, Ver., tel. (2)812-57-40, fax (2)812-86-83, e-mail: jbeltrán@bugs.invest.uv.mx.

ducto de la orquestación de esas "necesidades" individuales de supervivencia. Viéndolo de esta forma, serían una resultante natural de nuestro comportamiento específico de especie.

Dentro de esta corriente biologicista, no todos han aceptado que la explicación de una conducta así se encuentre biológicamente determinada de forma tan mecánica; algunos investigadores de este campo han centrado su interés en el estudio de la estructura y funcionamiento del organismo humano, y han señalado la probabilidad de que los comportamientos agresivos y violentos se deban a factores tales como el funcionamiento bioquímico del cerebro, la presencia de cierta clase de cromosomas y demás, de manera que han buscado la eliminación de esas conductas a través del uso de fármacos, cirugía o algún otro ingenio tecnológico, o bien, a largo plazo, mediante la selección genética.

Sin embargo, el problema que nos plantea la violencia y la agresión en el hombre no pueden ser abordados unilateralmente ni ahistóricamente, por lo cual se ha desarrollado una segunda corriente de explicación: la ontogenética.

La corriente ontogenética afirma que las causas del problema en cuestión son una consecuencia de los efectos del medio sobre los individuos. A lo largo de la historia han existido tanto individuos como pueblos enteros no violentos o agresivos, lo que demuestra, al menos en parte, que tales manifestaciones no son meras "secreciones cerebrales" sino, principalmente, una consecuencia de la interacción del hombre con su medio.

Nuestro punto de vista en relación con estas dos corrientes lo podemos resumir de la manera siguiente: el organismo puede ser considerado como la base necesaria, pero no suficiente, para que aparezca el comportamiento violento. Esto es, el que haya una conducta violenta depende de la existencia de ciertas condiciones anatomofisiológicas que sirvan como catalizadores del proceso, pero de ninguna manera pueden ser consideradas como el único factor productor de la misma, ya que es innegable que el comportamiento agresivo no es un acto irracional, sin sentido, sino que responde a determinadas condiciones que generan, a su vez, consecuencias específicas.

Una mayor perspectiva

La violencia debe ser analizada desde una perspectiva más amplia, como el uso masivo e indiscriminado de procedimientos de castigo con el propósito específico de oprimir o explotar, lo cual nos remitiría a sus orígenes: las relaciones económico-sociales. Corzo la caracteriza como

aquella agresión que se ejerce de un hombre contra otro, de un miembro de la familia contra otro, de una familia contra otra, del sexo masculino contra el femenino, de una generación contra otra, de una clase social contra otra, de un Estado contra otro, de una zona de influencia contra otra, de un sistema contra otro.

Así pues, la violencia, para lograr su propósito, requiere de la existencia de cierto grado de desarrollo; por eso aparece cuando el hombre dispone de instrumentos que la hagan efectiva. Esto fue expuesto de manera clara por Engels en el *Anti-Düring*, cuando afirmaba:



La violencia no aparece como un simple acto de voluntad, sino que supone condiciones previas muy reales para manifestarse, es decir, ciertos instrumentos de los cuales el más perfecto domina al menos perfecto.

En una palabra, el triunfo de la violencia se basa en la producción de armas, y éstas a su vez en la producción en general y, por lo tanto, en el poder "económico", en la situación económica, en los medios materiales que están a disposición de la violencia.

De esta manera, la violencia se encuentra presente en toda la existencia del individuo y adquiere manifestaciones variadas que parten del aspecto económico para involucrar los aspectos políticos, sociales, culturales, educativos, familiares y demás.

La violencia, pues, va más allá de las manifestaciones económicas y políticas, y se expresa en la educación, en la cultura, en fin, en el diario vivir de los individuos. Así, ésta adquiere día tras día nuevas modalidades, se reproduce y va abarcando todos los estratos sociales, ejerciéndose en todos los aparatos institucionales que conforman la sociedad, de manera que nada ni nadie escapa a ella.

El estudio y discusión de la violencia requiere de una amplitud y profundidad que no nos es posible abarcar en este ensayo, amén de que nuestro interés central es el de analizar la agresividad infantil y los factores que inciden en el comportamiento agresivo en los niños.

La agresión en los niños

De existir en la especie humana la agresión como una conducta específica de especie, ésta se manifestaría en su forma más pura en la niñez, ya que entre más cercanos nos encontramos al momento del nacimiento, las características del hombre como especie animal se manifiestan más plenamente.

Sin embargo, esto no sucede tan categóricamente, pues la gama de sentimientos y sus matices, así como las expresiones emocionales de que es capaz el hombre desde su más temprana edad, exceden las de los animales, de los cuales se diferencian mucho. En el hombre, el tipo y la cantidad de sentimientos están

determinados por agentes desequilibrantes, como la adrenalina, las sensaciones o las interpretaciones de las mismas, pero dependen de los antecedentes. De este modo, los sentimientos del hombre y sus reacciones emocionales provienen en gran medida de sus experiencias personales. En ello no hay nada de primitivo o de animal, sino más bien constituyen un componente eminentemente social. Por otro lado, los factores cognitivos desempeñan también un papel muy destacado para explicar cómo se adquieren y mantienen los comportamientos agresivos. Los procesos mentales superiores propios del hombre le permiten cierto poder de autodirección; las personas pueden anticipar las consecuencias sin tener que vivir realmente la situación problemática que pueden provocar o producir en ellas comportamientos agresivos.

Los comportamientos agresivos de los niños

El estudio del comportamiento agresivo en niños es añejo; existen estudios clásicos de los cuales haremos mención en este trabajo por tratarse de aportes importantes que abrieron el camino para las investigaciones más recientes basadas en una premisa: que el comportamiento agresivo en los niños forma parte de su aprendizaje social.

En los años setenta, Santiago Genovés, un destacado científico, decía al respecto:

Solamente se puede comparar con la bomba atómica que cayó sobre Hiroshima, tal vez, el bombardeo cultural al que está sometido el niño en los primeros años de su vida. Estamos pasándole todas nuestras tradiciones, creencias, costumbres, códigos morales, preconcepciones, hábitos, prejuicios, etc. Cuando el niño se rebela contra tantos impactos ajenos — que

en general son bastante injustos—, lo señalamos como hostil y escribimos que él o ella son "innatamente violentos, como otros animales", etc. Olvidamos que cada niño es un Segismundo...

Como señalamos anteriormente, el niño refleja lo que vive y siente a través de su comportamiento. La conducta agresiva es muy común en los niños, de tal manera que casi podríamos calificarla de universal, pero es necesario aclarar que las expresiones de agresividad que se observan en ellos desde muy temprana edad son hasta cierto punto inconscientes, es decir, son impulsivas, genuinas, y se podría decir que en los niños aún no han sido construidas las reglas y artificios sociales propios de los adultos.

Los adultos tienen una clara intención cognoscitiva de provocar un daño cuando llevan a cabo conductas violentas, en tanto que en los niños es casi siempre un comportamiento reactivo ante una situación que les causa desagrado o displacer.

Luego entonces, y con fines didácticos, haríamos una clara diferencia entre *violencia* y *agresión*. La primera se refiere a aquellos actos en los cuales existe un componente cognoscitivo y que tienen la intención de provocar un daño físico o emocional a terceras personas. Por otro lado, a los comportamientos agresivos los consideraríamos como los impulsos o acciones que manifiestan los niños al atacar a otras personas (que pueden ser otros niños o adultos) de una manera no pensada o premeditada, de forma reactiva y sin que aparentemente intervengan procesos cognoscitivos intencionales.

Ahora bien, es necesario hacer algunas consideraciones importantes respecto a la etiología de los comportamientos agresivos en el niño. En principio, debemos descartar el hecho de que el comportamiento agresivo sea heredado o innato, y con esta afirmación denotamos que un niño no es por herencia "malo", pues es muy

común que ante un chico agresivo se hagan afirmaciones como: "Este niño nació con el diablo dentro", "trae la maldad desde que vino al mundo", y otras semejantes.

La agresividad en los niños puede deberse a varios factores, a saber:

- *Situación de frustración-agresión.* En un gran número de casos la agresión ocurre en respuesta a una situación frustrante, y ésta existe cuando el pequeño no encuentra los satisfactores necesarios para desarrollarse adecuadamente. Los satisfactores pueden ser físicos, como el alimento; psicológicos, como el afecto o la ternura, y sociales, como contar con la compañía de personas con las cuales pueda jugar o platicar, sean adultos u otros niños. Es obvio que este factor de frustración-agresión no puede explicar todos los comportamientos agresivos; sin embargo, muchos estudios han revelado un aumento de la agresión después de la frustración, de manera que se podría afirmar que la frustración facilita la agresión, pero no es una condición necesaria para ella.
- *Presencia de un ambiente agresivo.* Algunos autores plantean el papel tan importante que juega la *imitación* como proceso de aprendizaje social en la adquisición y mantenimiento de las conductas agresivas; de esta manera, los ambientes agresivos caracterizados por la presencia de castigos, gritos, pleitos y amenazas representan modelos agresivos que conducen a los pequeños a imitar esas pautas de conducta. Algunos investigadores han hallado que los niños aprenden comportamientos agresivos como consecuencia de vivir en un ambiente familiar



donde hay modelos paternos agresivos o punitivos. En el otro extremo, hay niños que se desenvuelven en hogares donde los patrones de conducta a imitar son padres excesivamente meticulosos, compulsivos y protectores en exceso, de modo que impiden que la vida emocional de estos pequeños se desarrolle equilibradamente.

El papel que juega la imitación como proceso en el aprendizaje de comportamientos agresivos se ve claramente en el efecto que producen los medios de comunicación masiva a los que están expuestos los pequeños, principalmente la televisión, pues numerosos estudios han puesto de manifiesto que la imitación desempeña una función muy importante en la generación y mantenimiento de dichas conductas agresivas.

Un último factor que queremos puntualizar como desencadenante de comportamientos agresivos en el niño es la situación o ambiente. En efecto, los factores situacionales o ambientales pueden controlar también la expresión de actos agresivos en los menores. El manejo inapropiado que en muchos ambientes se da a los comportamientos agresivos de los niños —como es el caso de castigarlos corporalmente, confinarlos o aplicarles otras formas de restricción, como se hace comúnmente en las escuelas, guarderías, reformatorios, orfanatos, hogares y demás—, lejos de terminar con esos comportamientos agresivos, generan, por el contrario, un aumento de los mismos. Hay en esto un principio básico: la agresión genera agresión; entonces, los comportamientos agresivos de los niños varían de acuerdo con el ambiente social en el cual ellos se desenvuelven; por ejemplo, las calles de las zonas marginadas, los barrios de clase alta, el gimnasio, la escuela o la iglesia son factores situacionales que afectan de manera distinta a los niños.

Estudios reciente sobre **la agresividad infantil**

En la actualidad, en algunos estudios más recientes sobre el tema, se manejan diversas posiciones teóricas para explicar las conductas agresivas de los niños. Un autor muy importante que habla sobre la agresión y la violencia no sólo entre los niños sino también en los adultos, San Martín, afirma que "el agresivo nace, el violento se hace". Esta posición aduce que nadie es pacífico por naturaleza; esto es, que el ser humano es agresivo de manera innata, pero que es la cultura la que nos transforma en pacíficos o violentos. Es

importante considerar la posición de este destacado profesional que investiga y estudia tal problemática, y que dirige en España el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, centro de investigación también vinculado a la resolución de este tipo de conflictos.

Rocío Lleó Fernández, quien realizó una revisión exhaustiva sobre los comportamientos violentos de los niños en los colegios de España, señala lo siguiente:

En el fenómeno de la violencia en las escuelas, la realidad es muy compleja porque en ella se cruzan factores muy diversos; la investigación y el análisis sobre el fenómeno son aún muy precarios y las respuestas educativas son igualmente distintas. No se puede afirmar que exista un buen paradigma conceptual desde el cual interpretar, en toda su dimensión, la naturaleza psicológica y social del problema.

Y por cuanto se refiere a los actos de violencia infantil, precisa:

Los actos violentos están sujetos a un gran sistema de relaciones interpersonales donde las emociones, los sentimientos y los aspectos cognitivos están presentes y configuran parte del ámbito educativo. Asimismo, están ligados a las situaciones familiares de cada alumno [...] y al ámbito social de la escuela.

Esta misma autora remarca el uso de diversos términos para denominar los comportamientos agresivos de los niños; así, habla de violencia, victimización, abuso o agresividad, y señala con respecto a ésta última que es un término abordado por diferentes teorías psicológicas sobre el que aún no hay una definición universalmente aceptada, pero que para poder utilizarlo en forma generalizada debe haber un grado mínimo de acuerdo. Para tal propósito, la define así:

[El fin de la agresividad] es lesionar a otro organismo o al propio, pero es necesario añadir a lo

anterior la necesaria intención de producir daño, destruir, contrariar o humillar. Pero no podemos dejar de hacer referencia a la diferencia entre agresividad y agresión; el término *agresión* debería utilizarse para designar un acto en sí, un acto palpable y efectivo. La *agresividad*, sin embargo, es el término empleado para designar la tendencia o disposición inicial que dio lugar a la posterior agresión.

Otros autores mencionan que aunque la agresividad es un comportamiento más o menos común entre los niños de edad preescolar, en la edad escolar la agresión denominada "directa" (fuerza física y amenazas verbales) disminuye para asumir las formas más sutiles de fastidiar, manipular y luchar por el control frente a los compañeros. Así, los niños altamente agresivos tienden a ser impopulares, y de continuar con este tipo de conductas son considerados por lo general como pendencieros o abusadores por su propia comunidad, que los rechaza y les teme.

¿Qué hace que los niños se comporten de forma agresiva?

La respuesta la podemos encontrar en el ambiente, en el ámbito social en donde viven los pequeños, lugar donde adquieren formas particulares de procesar la información social y cultural que reciben. Dependiendo de las características de su ambiente social, de su forma de percibir o interpretar las situaciones o vivencias cotidianas y de la atención que presten a ellas, es como se podría explicar el hecho de que algunos niños sean más agresivos que otros. De acuerdo con algunos estudiosos del fenómeno, cuando los niños muy agresivos se alteran emocionalmente, los recuerdos de incidentes pasados pueden distorsionar su percep-

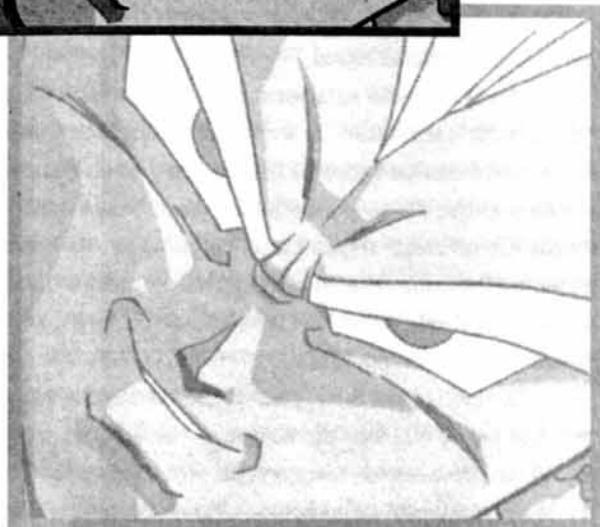
ción del presente, de manera que interpretan mal las intenciones de los demás hacia ellos. Esta falla en el procesamiento puede conducir a un comportamiento agresivo.

Por otra parte, se ha visto que los niños que crecen en medio de la violencia están expuestos, con mucha frecuencia, a la posibilidad de tener un desarrollo emocional patológico. Según la expresión clásica de Erikson sobre el desarrollo individual, "aprender a tenerle confianza a una persona es la tarea principal de los niños durante el primer año de vida". La confianza ofrece a los pequeños la base necesaria para su desarrollo futuro y crea el cimiento para la confianza propia y el respeto a sí mismo. La capacidad de un niño para tenerle confianza a las personas depende de la capacidad de la familia para proveerlo de un cuidado constante y de responder a sus necesidades en lo que se refiere al cariño y necesidad de estimulación. Cuando la familia del menor vive en una comunidad altamente afectada por la violencia, y/o cuando teme por su seguridad física, este nivel de desarrollo y de cuidados se ve seriamente afectado.

Un conocido autor señala que:

Aunque los primeros años de vida son más críticos en la preparación para el desarrollo futuro del niño, las experiencias de los años escolares son también muy importantes para el crecimiento saludable de los niños. Durante estos años, ellos desarrollan las habilidades sociales y académicas necesarias para su futuro como ciudadanos adultos; la violencia, en casa o en la comunidad, ejerce un efecto negativo notable en este parámetro del desarrollo del niño. Cuando la energía de los niños se consume en su propia defensa o en los miedos o terrores producidos por la violencia, tienen mayores dificultades en la escuela.

Consecuentemente, los niños que han sido víctimas de la violencia o que han visto a otras víctimas pueden tener dificultades en su trato con otras personas y presentar secuelas en diferentes esferas de su desarrollo personal; la ira y el rencor que comúnmente acompañan a estos niños tienen una gran posibilidad de ser incorporados primeramente como formas de responder o de actuar, y más tarde serán asimiladas a sus estructuras de personalidad. Tales formas de comportamiento se convertirán más tarde o más temprano en obstáculos para el control de su propia conducta, incrementando así el riesgo de que ellos también recurran a la violencia, asuman comportamientos agresivos y cierren de esta manera el círculo vicioso.



Los niños desarrollan habilidades sociales al identificarse con los adultos que participan en su vida; ellos no pueden aprender comportamientos no agresivos de interrelación con otras personas cuando los únicos modelos de que disponen —inclusive los que aparecen a través de los medios de comunicación— utilizan la fuerza para lograr la resolución de sus problemas o la consecución de sus fines.

Es cierto que no todos los niños responden de igual manera a las situaciones difíciles, y que existen muchos factores que influyen en la capacidad de tolerarlas, como la edad, la reacción de la familia ante la presión o el temperamento del niño. Sin embargo, los niños que viven en un hogar estable en el cual hay un mayor apoyo emocional, tienen una probabilidad superior de aprender a tolerar las situaciones contrarias en su vida porque tienen a su lado personas adultas más protectoras; por el contrario, los niños que se desarrollan o viven en ambientes hostiles, con padres autoritarios o agresivos, aprenden a imitar

estos modelos de conducta y tienden a resolver sus diferencias o sus problemas controlando o manipulando a los que les rodean para conseguir el fin deseado. Los niños agresivos ven al mundo de un modo bastante diferente al resto de los niños. Consideran la fuerza y la coerción como mecanismos eficaces para conseguir lo que quieren, y actúan de manera deliberada y no por ira. De acuerdo con la teoría del aprendizaje social, son agresivos porque aguardan una retribución por ello, y cuando son recompensados su creencia en la efectividad de la agresión se ve fortalecida.

Para hablar realmente de un problema de agresividad debemos tener en cuenta dos hechos: la *intensidad* y la *frecuencia* de dichos comportamientos; es decir, hay que considerar la fuerza con que se manifiesta ese comportamiento, así como el número de veces que ocurre. Las conductas agresivas aisladas o esporádicas no constituyen en sí un problema; empero, los comportamientos agresivos reiterados deben ser un foco rojo de alerta para los padres y maestros del menor, quienes deberán emprender acciones para evitar que aquellos se conviertan en el estilo de interacción de los pequeños.

En los primeros años de la vida, los comportamientos agresivos se despliegan de acuerdo con la edad del pequeño y siguiendo el desarrollo de sus habilidades y capacidades; tales comportamientos se podrían clasificar así:

- *Comportamientos agresivos primarios.* Serían aquellas conductas o acciones que causan o producen un daño corporal y en las que puede o no estar presente el lenguaje; por ejemplo, patear, jalar del pelo, golpear, destruir objetos, arañar, morder.
- *Comportamientos agresivos secundarios.* Se refieren a los ataques verbales a otras personas cuando el menor ya domina el lenguaje;

por ejemplo, insultar, burlarse de otros, usar "malas palabras" para provocar riñas o pleitos entre sus compañeros o familiares.

Nuestra posición como profesionales de la psicología infantil es que un niño agresivo es un pequeño que tiene problemas que son producto del medio que le rodea; en este sentido, pensamos que las respuestas agresivas del niño son una respuesta a un medio hostil. Debemos recordar entonces que, a diferencia del adulto, el niño es más genuino y puro en su agresión, y que la mediación de razonamientos con respecto al por qué arremete no existe de la misma manera que en la conducta de los adultos; por lo tanto, éstos deben asumir una actitud de comprensión hacia el pequeño que muestre un problema de agresión, en lugar de rechazarlo, marginarlo o responderle con más agresión.

Queremos reiterar este punto: un niño agresivo es un pequeño con problemas que requiere atención inmediata en cualquier sitio en que ese comportamiento se manifieste: el hogar, la escuela, con sus amigos. Es necesario dejar claro que las causas de un comportamiento de tal naturaleza están fuera del niño mismo (al menos la mayor parte de las veces, salvo las causadas por factores orgánicos) y también fuera de su propio control. De esta forma, las diferentes causas que pueden desencadenar un comportamiento agresivo van desde padres represores, carentes de afecto o excesivamente protectores, hasta la existencia de problemas emocionales subyacentes en los conflictos que imperan en una familia; en un nivel más amplio, la colonia, ciudad o sociedad en que se ubica la familia del pequeño, en donde el niño puede tener la necesidad de adquirir modelos agresivos de comportamientos para sobrevivir en un medio sumamente hostil.

¿Qué podemos hacer para controlar la agresión de los niños y mejorar su conducta?

A continuación ofrecemos algunas sugerencias y recomendaciones generales sobre el tratamiento a los niños con comportamiento agresivo. Estos consejos pueden ser útiles para padres, maestros y otros adultos que tengan que relacionarse con niños con tales características.

1) Hay que establecer reglas

Es fundamental establecer reglas de comportamiento dentro del hogar o la escuela, de forma clara, específica y concreta. Si no se establecen los límites de la conducta y no se define lo que se puede y lo que no se puede hacer, poco podrá esperarse del menor. De no existir reglas claras en su hogar, no conocerá los límites establecidos para su comportamiento dentro de su casa o escuela, por lo que difícilmente este niño se someterá a un modelo determinado de comportamiento.

De igual manera, hay padres que olvidan que sus hijos —al igual que ellos y que todo ser humano— nacieron sin conocimiento alguno de cómo debían comportarse. Por lo tanto, se desentienden de la obligación de marcar la diferencia entre lo permitido y lo inaceptable, entre lo obligado y lo opcional, entre lo loable y lo indigno. Un elemento fundamental de la misión de padres y madres es enseñar a los hijos las normas que rigen el comportamiento. La comprensión de las "reglas del juego" puede permitir a éstos desarrollarse adecuadamente en los ambientes y situaciones por los que tengan que pasar a lo largo de su vida.

Los niños con propensión a reaccionar agresivamente ante las contrariedades requieren aún más que otros: saber lo que se espera de ellos y cómo han de comportarse. El primer paso que hay que dar para tratar de cambiar su comportamiento inadecuado es instaurar tan claramente como sea posible las reglas de conducta que deben seguir. Y tales reglas se les deben repetir todas las veces que sea necesario, especialmente cuando se les corrige por haber quebrantado alguna de ellas.

2) Ante todo, paciencia y respeto

Cuando nos dirijamos a un niño con problemas de comportamiento agresivo es necesario hablarle con respeto: respeto

por su condición de persona y por su dignidad humana. ¿Cómo podríamos exigirle respeto a quien no es tratado con respeto? Ello implica que debemos ser cautos en las expresiones que utilizamos con él; es necesario describir su comportamiento sin calificarlo, es decir, no debemos emplear expresiones como: "Eres un malvado, siempre estás haciendo cosas malas". Se le ha de señalar la falta cometida, pero sin ofenderlo o humillarlo. Hablarle de esta forma no sólo allana el camino para que tome conciencia de la falta que ha cometido, sino que le provee un modelo de conducta aceptable. Al evitar el uso de comportamientos agresivos o violentos, le estaremos mostrando formas de conductas aceptables, las cuales le pueden resultar extrañas y difíciles de seguir.

Hablar con respeto implica hacerlo con paciencia, con calma. Uno de los más grandes obstáculos que tenemos un buen número de adultos es el hecho de no poder controlar nuestro propio enojo, nuestra propia ira. Para manejar situaciones conflictivas con niños opositores y agresivos es necesario, primero que nada, que controlemos nuestra propia conducta asumiendo una actitud paciente y tranquila. Por muy difícil que parezca, es una realidad que una adecuada comunicación requiere de tranquilidad y autocontrol. Y la tranquilidad y la paciencia excluyen el enojo y la ira y todos esos comportamientos que dificultan o bloquean cualquier tipo de comunicación. El adulto que se dirige irritado a un niño que se ha comportado con agresividad le está prohibiendo actuar como él está precisamente actuando. Incongruente e ilógico, ¿verdad?

3) Evitar los conflictos o confrontaciones

Se recomienda hacer todo lo posible por evitar conflictos o confrontaciones con niños agresivos. La confrontación o conflicto equivale en estos casos a un pleito seguro, que es en todo caso la situación que se debe evitar a toda costa. En el pleito o pelea se da rienda suelta al enfado, a la furia sin límite, y se facilitan entonces la ofensa y el insulto. En el pleito hay una gran probabilidad de que ocurra todo aquello que no queremos que el niño haga, que no queremos que aprenda o que se fortalezca en su manera de actuar. Además, quien pelea con estos niños se está poniendo a su misma altura y está incurriendo en el mismo error que quisiera erradicar en el niño. La actitud que está detrás de nuestras palabras es tan importante como las palabras mismas; por ello debemos cuidar lo que decimos y cómo lo decimos.

4) Resaltar los logros y éxitos

Contacto y ayuda son dos aspectos muy importantes en la educación de nuestros hijos o alumnos que no debemos olvidar. Ello implica que como adultos actuemos con buena voluntad, tolerancia y comprensión hacia los niños para que haya una buena marcha en su desarrollo.

En términos generales y muy válidos para todas las personas con las que nos relacionamos, es siempre preferible mencionar sus logros, habilidades y cualidades positivas, antes que mostrar sus debilidades y faltas. Cuando hacemos esto último solemos caer muy fácilmente en la acusación, y acusar no conduce nunca a desenlaces positivos ni ayuda a solucionar los problemas que tenemos entre manos.

La ayuda y el contacto hacia nuestros hijos o alumnos se manifiesta a través de nuestros comentarios, señalamientos y opiniones cotidianas, los cuales deben tratar de resaltar los aspectos



tos positivos o cualidades de los pequeños y mostrar interés por sus logros, por sus éxitos, criticando constructivamente sus fallas, errores o faltas, y describiendo los hechos sin calificar ni juzgar. De este modo, se garantiza que realmente nos comuniquemos con ellos y que nuestros elogios, recompensas o críticas tengan el efecto esperado, evitando así menospreciarlos o hacerles pasar un mal rato a ellos o a nosotros mismos.

Si bien lo anterior se puede aplicar a todas las relaciones humanas, es importante tener en cuenta que es fundamental su aplicación en el caso de los niños con propensión a presentar comportamientos agresivos. Esos niños sufren trastornos emocionales y cognitivos que les dificultan manejar adecuadamente la frustración. Enfrentarlos a una acusación no les ayuda a superar tales trastornos y suele tener el efecto de exacerbar su rencor y provocar en ellos estallidos emocionales que pueden dar como resultado verdaderas explosiones de agresión. Por el contrario, si se les trata con comprensión, con afecto, con respeto, y se les señalan sus fortalezas y cualidades positivas, se les está ayudando a revalorizarse como seres humanos.

La utilidad de estas recomendaciones y sugerencias generales —que podrían ampliarse mucho más— no se limita al mundo de los niños agresivos y al de sus padres o maestros. Bien podrían aplicarse provechosamente también en nuestras relaciones con los adultos con tendencia a las reacciones agresivas o violentas, que, por cierto, no son pocos.

